



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12088

PRECIOS DE SUSCRIPCION

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

CONDICIONES

MIÉRCOLES 18 DE DICIEMBRE DE 1901

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartra, 31.

Por la paz

Cada vez se habla con más insistencia de la pacificación del África del Sur. La opinión ha echado el peso de su influjo en la balanza y el imperialismo está a punto de ser derrotado.

Hay cosas que se imponen y esta de la paz entre ingleses y boers es una de ellas. Mientras dominó la impresión de que el coloso aplastaría al pigmeo, no hubo duda de que la cuestión terminaría en el terreno de las armas y en beneficio de Inglaterra; pero desde el instante en que quedó probado que la fuerza estaba de parte de la astucia y no del número, no hubo quien no creyera que se iría a la paz por caminos rectos ó tortuosos.

La Gran Bretaña ha hecho cuanto ha podido para quedar triunfante. Centenares de miles de hombres; millares de millones de libras; artillería numerosa; todo lo ha llevado para asegurar el dominio del Transvaal y el Orange y todo ó casi todo lo ha perdido.

Cuanto la ciencia militar patrocinada como útil para verificar invasiones ha sido ensayado. La acometida en grandes masas; la división de fuerzas en pequeñas columnas, procurando no perder el contacto para evitar la filtración del enemigo; hasta la concentración que ensayó Weyler en la guerra cubana y que tanto vitupero la prensa inglesa por antihumanitaria y contraria al derecho de gentes, han realizado Robert y Kitchener, sin que el procedimiento siguiente haya producido mejores resultados que el procedimiento anterior.

El célebre y cruel bando del generalísimo amenazando entrar el país a sangre y fuego no amilanó a los boers. Y cuando realiza-

da la amenaza, creyendo que produciría el consiguiente espanto, los transvaalenses y orangistas lejos de amilanarse y reconocer su impotencia, se crecieron, realizando acciones que sirvan de ejemplo a las sociedades venideras.

Cada vez que se ha hecho una tentativa para acabar la lucha, los valientes boers se han mostrado propicios; pero la primera condición que han impuesto ha sido la de conservar la independencia. Por ella luchan; por ella mueren; por ella ven a sus mujeres é hijos hacinados en campamentos insalubres, muriéndose en montón; por ella ven sus hogares incendiados, sus campos destruidos, sus ganados muertos, y por ella lo rechazan todo si no se les consiente ser dueños absolutos del terreno en que vieron la luz.

Contra ese bencilo fanatismo que lo pospone todo a la idea de patria, es imposible combatir. Bien dijo Krüger: «el mundo va a ver cosas que le asombrarán».

Las palabras del viejo presidente han sido proféticas. Con asombro rayano en la estupefacción, el mundo ha visto al voluntario boer sacrificándolo todo por la patria. Familia, hacienda, hogar, todo se lo ha tragado la catástrofe, sin que la indomable fiereza de aquellos campesinos se haya doblegado ni a las armas invasoras, ni a los embates del dolor.

Contra esa raza de héroes que hacen de la independencia el ideal de la vida, todo está probado y nada da fruto. Por eso hacen bien los ingleses que anhelan y piden la paz.

El momento es excelente. La humanidad cristiana va a conmemorar el nacimiento del redentor, é Inglaterra puede conmemorarlo apagando la guerra en el África del Sur.

TIJERETAZOS

Continúa lo de la falsificación de los billetes, pero no se sabe cuantos son ni en que se diferencian.

Lo que se sabe—porque así lo ha declarado el Sr. Urzáiz—es que quien presente al cobro un billete falso, habrá de justificar su procedencia ó ingresar en la cárcel. ¿Cáspita y como las gusta el ministro!

Item: Los billetes premiados se enviarán á la Casa de la Moneda para examinarlos y certificar de su bondad.

¡Diantre! Qué corrientes de desconfianza van á reinar en el país á partir del día veintitres.

Porque ¿quién no pensará en el cambio sabiendo que entre los billetes falsos y legítimos no hay diferencias apreciables?

Lo que dirá la gente:

—Si se ha engañado al gobierno que tiene tantos ojos ¿no es más fácil que me engañen á mí que voy á oscuras?

Los que van ganando con todos estas triquiñuelas, temores y ansiedades son los que juegan para proporcionarse emociones.

Las que les caen de botijuela no son cosas ni cuestan dineros.

Digo: verse con un millón de duros y en la cárcel y salir luego de ésta, pobre como las ánimas benditas...

¿Qué asunto para el género chico!

Ya hay en circulación más duros falsos. Proceden de Valencia y toman la vía de Tíbet para lanzarse al mundo del negocio. Pero qué bien vivimos.

Moneda falsa, comestibles adulterados, billetes ilegítimos...

La falsificación no tiene hartura.

Y á seguir en creciendo, va á llegar día que no sabremos como nos llamemos ni si somos nosotros ó el vecino.

La falsificación de billetes de la lotería ha dado ya motivo á frases ingeniosas.

—¿Juegas este sorteo? preguntaba ayer un sujeto á un amigo.

—Sí, juego un décimo—contestóle éste.

—¿Y qué te tocará si te toca?

—Probablemente un lugar en la cárcel—respondió el jugador.

Es de suponer que de esos premios no se cobrará el uno por ciento de pagos al Estado.

Sería el colmo de la contribución.

Krüger y Shalk Burge

La prensa inglesa acoge como cierta la noticia de que entre el presidente interino del Transvaal, Mr. Shalk Burge y el anciano Krüger media actualmente una correspondencia muy activa para determinar si convendría á los boers deponer las armas con la condición de que Inglaterra reconociese la autonomía de las repúblicas sudafricanas.

Quizá no se han fijado bien los términos al expresar esas esperanzas. Inglaterra ha dicho constantemente que no concederá esa autonomía, y por su parte los boers han declarado hasta la saciedad que seguirán la guerra mientras aliente un sólo boer.

Ahora, lo que se trata de dilucidar es si esos términos tan absolutos pueden modificarse bajo la base de un estado de cosas que sin ser la independencia absoluta sólo se diferencie de ella en el nombre, como ocurre por ejemplo con la reciente federación australiana.

Sobre esto es verosímil que exista correspondencia activa entre dichos personajes, pues tanto á Inglaterra como al Transvaal les interesa encontrar una fórmula viable y decorosa para acabar la guerra.

Problemas de Medicina naval

La transformación completa que el material de la Marina de guerra ha sufrido en estos últimos años, ha planteado una infinidad de problemas difíciles de resolver por todos conceptos. Eso no obstante, el deseo natural de ponernos á cubierto de las contingencias que el porvenir nos tenga reservado y el deber en que todos estamos de anticiparnos á los acontecimientos para no vernos sorprendidos por ellos y para que nuestros esfuerzos no resulten inútiles en el momento en que son más necesarios, han sido causa de que cuantos viven consagrados al estudio de los asuntos navales traten de despejar la incógnita que dentro de la esfera de acción propia de cada uno se le ofrecen á cada paso.

Lúchase, sin embargo, con obstáculos de tal naturaleza, que difícilmente los podrán vencer por sí solos, ni la voluntad más firme, ni el entendimiento más privilegiado. Tratándose de cosas prácticas, en vano pediremos á la deducción sistemática, ni si-

quiera á la consecuencia lógica, que nos den la solución. Es en el hecho bien determinado y concreto, presentado con toda claridad ó interpretado con toda exactitud, donde habremos de encontrarla. Cuando faltan los hechos que sirven de fundamento á nuestras conclusiones, el trabajo mejor ordenado resultará estéril en el momento de su aplicación. Procuraremos, á lo menos, tratarlo.

La ciudad de Cheltenham, enclavada en el corazón de una de las comarcas más agradables de Inglaterra, se ha adornado con las galas que una vegetación exuberante le presta en esta época del año para recibir dignamente á los representantes ilustres de una importantísima corporación. La Asociación Médico Británica acaba de celebrar allí su octenta y nueve reunión anual. Sus deliberaciones han durado cuatro días, y á ellas hemos asistido, aunque sólo con el pensamiento, no tanto por conocer los progresos realizados por las ciencias médicas en el Reino Unido durante el último año, cuanto por enterarnos de los trabajos presentados en una de sus secciones, en la de Medicina militar, nombre genérico con el cual designamos nosotros á todo lo que se refiere á la higiene, medicina y cirugía de la Marina de guerra y del Ejército y al servicio de ambulancias.

Tratándose de Inglaterra donde la necesidad de conservar la supremacía marítima que hoy tiene es condición indispensable á su existencia, nada tiene de particular que á todo lo que con la Marina se relaciona, se le presta gran atención. A nadie puede extrañarle, por lo tanto, que en el Congreso reunido en Cheltenham la sección de Medicina Militar haya tenido tanta importancia. Y si los médicos del real cuerpo de Sanidad militar, desparramados por el mundo entero y destinados en gran número al ejército de operaciones de África, donde una guerra desastrosa consume rápidamente las energías vitales y económicas de la nación, no han podido presentar muchos trabajos, los médicos de la Armada, en cambio, solicitados de un modo menos directo, por las necesidades de la campaña, han presentado multitud de luminosas comunicaciones y han suscitado vivas é interesantes discusiones, de las cuales vamos con gusto á ocuparnos.

El problema de los buques hospitales ha sido planteado con gran lucimiento y competencia por el Inspector general Belgrave. Nosotros hemos de tratarlo extensamente, dedicando á su estudio un trabajo

131 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

130

LOS CRUZADOS

127 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGEN

—¿Cómo lo sabes?

—Por Povalá

—¡Ah!

—Sí, y el magistrado os ha hecho notar que la infamia recaerá sobre mí y sobre toda mi familia. Se comprende, ¿hay algo más vil que huir y dejaros en mi sitio?

—De todos modos debo morir...

—Razón de más para no dejaros tan viejo y enfermo.

Callaron ambos; no se oía sino la respiración cansada de Zbishko y el ruido que armaban los soldados en el patio.

—Oye,—dijo Matzko;—si no fué indecoroso para el príncipe Vitoldo huir, tampoco lo sería para tí.

—Vitoldo es un príncipe, tiene riquezas, poder; yo soy un pobre y solo poseo el honor, y además os amo, y no quiero que vuestra cabeza caiga en vez de la mía.

Matzko tembló, tendió las manos, y aún cuando su carácter de guerrero fuese entero y resuelto, rompió en llanto, gritando:

—¡Zbishko! ¡Zbishko!

llas bajó la cabeza; el viejo, conmovido, le llamó por su nombre.

—¡Zbishko! ¡Zbishko!

El mozo se estremeció; en su rostro, antes que el dolor, aparecían el odio y la ira.

Matzko acariolándole le habló:

—Oye, el príncipe Vitoldo, cuando estuvo prisionero, escapó vestido de mujer. Podemos hacer otra cosa, toma mi manto y capuchón; quizá no te conozcan. Si lo consigues vé á encontrar al príncipe Vitoldo; éste te acogerá benévolo, é intercederá por tí cerca de Jagellón.

—No, no quiero,—contestó Zbishko levantando la cabeza.

—¿Por qué? Piensa que contigo se extinguirá nuestra raza; piensa que yo soy viejo y que la vida me importa muy poco, mientras tú eres joven y amas la existencia.

Deciendo estas palabras comenzó el anciano á quitarse su ropa pero Zbishko le contuvo.

—Por la cruz juro, que no haré lo que queréis.

—¿Por qué?

—Porque no lo haré.

Matzko palideció.

—¡Ojalá no hubieses nacido!—dijo con rudeza.

—Ya otra vez habéis querido sacrificarnos por mí.

—No; sabe ya que un hidalgo no quebranta la palabra dada y lo mismo le importaría que mi cabeza calga hoy que dentro de algunas semanas.

—Esperemos; hoy mismo iré á verlo.

—Reposad hoy y curad vuestra herida.

—Oye, me acuerdo ahora de que no tienes las espuelas de caballero y Lichtenstein puede rebasar báttas contigo; ¿qué harás entonces?

—Zbishko contestó después de quedar pensativo unos instantes:

—¿No se va á declarar acaso la guerra? Allí nadie preganta á nadie si es ó no caballero.

—No se trata de guerra, se trata de un desafío de uno contra uno.

—Tendrás razón, haré que me arme caballero el príncipe Janus. Si la princesa y Danusia se lo piden, no me lo negará. Antes de batirme con él desafiaré al hijo de Nicolás de Dlugolias.

—¿Por qué?

—Porque su padre me ha dicho que Danusia era una chiquilla.

Matzko miró á Zbishko con aire incrédulo y el joven continuó:

—Tal ofensa no la puedo soportar, y no pudiendo desafiarme con un viejo lo haré con su hijo.

Matzko se puso serio y contestó: